

EL PORVENIR

SEMENARIO TRADICIONALISTA

Franqueo concertado.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Año: 4 pesetas. Trimestre, 1 peseta.—Mes, 0'40 pesetas.
Anuncios: Precios económicos. Por ajuste de trimestres se hará el 10 por 100 de rebaja. Pago adelantado.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de venta: En Toledo, Puesto de periódicos de Ramón Garrido, Zocodover, 44.—En Madrid: Kiosko de *El Debate*, (frente a las Calatravas).

Dirección y Administración: Santa Isabel, 26.

Número suelto, 10 céntimos.

CUNDA EL EJEMPLO

Escribimos bajo la primera impresión producida por la noticia de haber pedido la paz el minúsculo reino montenegrino y haberla concedido el Imperio austro-húngaro; y aunque la prensa no ha podido revelarnos aún el efecto causado entre los enemigos de Alemania, queremos expresar nuestro sentir ante la decisión del rey Nikita, que salvará a su pueblo antes que en él hiciera sus estragos la angustiosa agonía que le asfixiaba por momentos.

Sin duda alguna, el Rey de Montenegro es el hombre más práctico y más listo de cuantos dirigen los pueblos en lucha con los imperios centrales; ha presenciado las amargas torturas de los serbios y la triste situación de su colega Pedro, errante, sin trono, sin corona y hasta sin hogar; conoce los sufrimientos, las angustias, las dolorosas decepciones de los belgas y el estado lastimoso de sus reyes; comprende la impotencia de los que creyó poderosos aliados, incapaces, no ya de prestar auxilio a pueblos débiles que arrastraron a su partido, sino de contener el ímpetu avasallador de esas naciones que condenaron a muerte y amenazan hoy con estrangular a sus verdugos. Francia invadida y sin poder empujar más allá de sus fronteras al enemigo; Rusia mutilada y acorralados sus inúmeros ejércitos; Italia detenida y sin poder realizar las ilusiones doradas que la hicieron traicionar pactos solemnes; amenazados Egipto y la India, pedestales de la grandeza inglesa, y en entredicho la ponderada fuerza de su gigante flota, que medrosa se oculta al abrigo de sus puertos, por miedo a los pequeños sumergibles, que supieron romper la leyenda de la «señora de los mares», el rey de Montenegro nada puede esperar ni temer de sus amigos, y sobreponiéndose a las críticas o a las amenazas, amante de su corona y de su pueblo, levanta bandera blanca para parlamentar con su enemigo y someterse al vencedor, bien seguro de que valen más unas paces honorables que una lucha sin más esperanza que las vanas promesas de quien nada hace ni puede hacer en favor de los que agonizan y fenecen.

Nada tendría de particular la sumisión de Montenegro en otras circunstancias; pero en las actuales, cuando Inglaterra logró imponerse y hacer que todos sus satélites firmaran el compromiso de no ajustar paces separadamente, el acta de Montenegro es de una significación extraordinaria. Aires de paz corrieron ya por los pueblos en lucha, y los Gobiernos malograron los anhelos populares, temerosos de desagradar a Cartago; pero los

montenegrinos, sobreponiéndose a las extrañas exigencias y calculando que nada podían temer de los impotentes o egoístas que los abandonaron a sus propias y escasas fuerzas, rompen toda clase de convencionalismos y se apresuran a salvarse declarándose vencidos.

El ejemplo del microscópico reino montenegrino pudiera cundir entre los auxiliares de Inglaterra, y entonces la taimada, que supo rodearse de incautos para echar sobre ellos el peso del desastre, tendría que vérselas sola y frente a frente con la poderosa nación a quien, llena de envidia, intentó aniquilar, porque a cada paso la encontraba en su camino, y se veía vencida por la aplicación, actividad e inteligencia de los hijos de Alemania.

Si así ocurriera, si cada una de las naciones aliadas, cansadas ya de lucha, y sin fuerzas ni elementos para impedir el triunfo inminente y ruidosísimo de los imperios del centro, empezaran a desfilarse deponiendo sus armas a los pies de los ejércitos de esas naciones admirables, entonces sí que se hundiría definitivamente ese «coloso» que, con sus tretas, supo imponerse al mundo.

Nadie puede afirmar lo que pasará mañana, pero bien pudiera ser que los pueblos, en vista de lo hecho por Montenegro, a quien nada ha de suceder no obstante las amenazas de Inglaterra, se impulsaran a sus Gobiernos, y la deseada paz fuera un hecho en breve tiempo, aun en contra de los pactos más o menos voluntarios que les obligaban a seguir luchando tal vez sin entusiasmos. Entonces Inglaterra, sin otras fuerzas que las suyas, sin que le valieran sus artimañas, tendría que sucumbir y soltar las presas de sus audaces piraterías, quedando reducida a lo que debió ser y de donde le sacó su audacia y su egoísmo, juntamente con las flaquezas de todos; obra colosal e inmensa, por la que el mundo esclavizado y oprimido saludaría al Kaiser como salvador y libertador con manifestaciones inenarrables y sin precedentes en la vida de los pueblos.

IMPRESIONES MADRILEÑAS

El hecho importante y saliente, de verdadera novedad, es el haber pedido la paz a Austria el diminuto Estado de Montenegro. Sin embargo de su fama de guerrero, de su heroísmo, y, sobre todo, rompiendo los pactos de los aliados para no hacer la paz separadamente, el Rey y el Gobierno de ese país acaban de dar ese paso y de pactar alianza con el enemigo. Un acto de buen sentido, de espíritu de conservación les habrá llevado a esa trascendente determinación, la primera de esta iracunda guerra. ¿Cómo, si nó, iba a salvar el resto de elementos de ese Estado tan amenazado y próximo al total desastre? Ha luchado con la bravura peculiar y, sin embargo, el invasor, realizada la hazaña guerrera con la toma de su célebre Monte Loucen y tras él la de la Capital, preci-

pitaba su ruina, de la que ya ninguno de sus aliados podrá prestarle urgente socorro.

Buen golpe para la *entente*, que no previó el cataclismo y que no tuvo un plan de socorro y de auxilio para su aliado. Todavía, duran los reproches y mutuas acusaciones que se hacen por esa falta unos países a otros; pero en esas discusiones van desapareciendo Estados, pasando a ser de otro dueño y señor.

Como si fuera envidioso el caso de Bélgica y Servia, y como si su restitución, su paz y su vida se compusiese con unas loas oficiales y con unos elogios periodísticos.

Qué triunfo más grande para ese Imperio, tan combatido y rodeado de enemigos feroces; ya en los Kárpats ganó heroicamente deteniendo la avalancha rusa, y ahora con esta rápida victoria sobre el montañoso país que se le rinde y juntamente con la tenaz resistencia opuesta a los italianos y la deshecha acometida rusa de la Besarabia, acaba de ganar y reconquistar el desprestigio que se había hecho de sus ejércitos. Todos los cálculos ambiciosos de sus enemigos por tierra van cayendo; no es el menor triunfo suyo haberse desentendido de Servia, que, a manera de espina, tenía clavada en su corazón. Y con no mejores intenciones la acechaba su aliado y vecino Montenegro.

Los dos imperios empiezan a obtener los frutos de sus alianzas; de sus aciertos y de sus planes guerreros, tan victoriosamente desarrollados.

Tanta como es nuestra inclinación y nuestra pasión por ocuparnos en el tema siempre vivo e interesante de la actual formidable guerra de pueblos europeos, es nuestra desidia y enemiga el hacer materia de estas crónicas, a pesar de ser madrileñas, asunto distinto a aquél, hablando por consiguiente de nuestros asuntos, de nuestra política. Habrá cosa más natural, puesto que de nosotros ha de depender la propia salvación y reconstitución nacional, y no obstante no lo hacemos por nuestra repugnancia y por el convencimiento de todo un siglo casi de esterilidad, de obra negativa, antiespañola, contra la que se ha estrellado toda voluntad individual y colectiva. Qué más, si nuestra conducta está aleccionada por manera tan real y desconcertante como lo estamos viendo en la que siguen los directores y gobernantes con motivo de la guerra. ¿Han dado alguna orientación nueva con arreglo a lo que la enseñanza de estos descomunales hechos exigen? No está en el ánimo de todos el peligro en que puede verse nuestra nación, aun contra su voluntad? Y qué hacen por previsión, por evitar toda violencia o acometida. Ahí está en práctica la rutina de siempre: el partidismo, el arribismo y el particular empleo y negocio, absorbiéndolo todo en las altas esferas.

Cómo les ha cogido la misma guerra; ayunos de precaución y de elementos defensivos; es más, hoy mismo, quién diría que para nuestras gentes existe la guerra, ¿no es verdad que obran como si sucediera en un planeta distinto del nuestro?

En otro aspecto, qué no habría que maldecir del sometimiento, de la arbitrariedad y el escarnio de que como españoles estamos sufriendo a diario y por aquellos que más tienen que agradecer en estas circunstancias. Qué de atropellos no señalan a diario todos los periódicos de detención de buques, secuestro de correspondencia y violación de derechos por buques ingleses y franceses, y qué se ha hecho para tanto ultraje.

Nada tenemos, desgraciadamente, de qué hablar en lo político que no sea en el tono de amargura y dolor que sentimos de este inaca-

bable desamparo de nuestro eterno infortunio; por lo que preferimos callar hasta nuestros legítimos gritos.

Un ruego al Sr. Alcalde:

Hace siete meses, poco más o menos, que la Sra. Comendadora del Convento de Santa Fe elevó una instancia documentada al Excmo. Ayuntamiento, suplicándole acordara el pago de unos miles de pesetas que aún debe a dicha Comunidad por el terreno que ésta le vendió para alargar y ensanchar el paseo del Miradero.

La Corporación municipal acordó que la instancia referida pasara a la Comisión de Hacienda, al objeto de que estudiara el asunto y emitiera informe.

Y como quiera que, a pesar del tiempo transcurrido, aún continúa la instancia durmiendo el sueño de los muertos en ese in pace que llamamos Comisión de Hacienda, rogamos a V. S. tenga a bien ordenar a los señores que la componen, emitan pronto el informe de que queda hecha mención, y se dé cuenta de él al Excmo. Ayuntamiento de su presidencia.

¿Atenderá nuestro ruego el Sr. Alcalde? Creemos que sí.

Aliadofilia - Humanofobia.

Es fácil, aunque no lo más frecuente, encontrar degenerados que, alardeando—en lastimosa equivocación—de algo que en realidad no es, y por declarar una vez más su hostilidad al Clero—pues aliadófilos suelen ser clerófobos—, se proclaman aliadófilos a voz en grito. Ser aliadófilo, que estos tales consideran como un timbre de instrucción y acaso de audacia, es ni más ni menos que ser humanófilo.

Quizás aquí me tache alguno de atrevido en la expresión, fanático, procaz inclusive, mas sé que ni son éstos todos, ni siquiera se llaman la mayor parte. Son los más los que han penetrado en la médula de la catástrofe presente, y los menos los que, o no han penetrado y hé aquí la causa inmediata de su aliadofilia pertinaz y recalcitrante, o si penetran y por eso levantan el ovelisco altivo de la aliadofilia más diabólica, pues en este caso bien merece el epíteto más abominable del vocabulario.

Es la guerra en que hoy se aniquilan imperios y poderes guerra de principios más que de naciones, es una guerra en que luchan ideales antagonistas, en que creencias distintas personificadas en esos pueblos se disputan el imperio de su existencia como principio y base que será, o del sosiego y tranquilidad con el triunfo de la una, o de la otra, del egoísmo y ambición más desleales, larvados sí con el manto seductor del bienestar, pero a través del cual bien se traslucen remordimientos, inquietudes y desasosiegos inacabables. Es guerra en que luchan la molición y el esplendor más fastuosos y vanos contra la actividad constante y asidua, la soberbia y arrogancia más encumbradas contra los ideales más puros de civilización y cultura, la ambición más aversada frente al espíritu conservador, las grandezas más ostentosas y orondas frente a las grandezas más reales y genuinas. Es, pues, la conflagración presente una crisis penosa y cruda, que ha de abrir nuevas

puertas a la humanidad, un preludio triste sí, pero consecuente, que inicia una nueva era a la vida europea, es un natural resurgir de los espíritus nobles, y un forzoso estallar de los pueblos insanos, bubónicos y apuestos, que salen de sus órbitas a un equilibrio más estable; es, por último, un destello del atributo divino que reprime y castiga obscenidades, y protege, ayuda y recompensa la ensicosis acaso libertadora del fango asqueroso y protervo que amenaza a pueblos y naciones. Eso representan las naciones que hoy se deshacen; ese es el papel que hoy representan en esta tragedia desdichada, cuyo éxodo será de sensibles efectos, felices si ganan los del centro, infaustos si los aliados.

Querer el triunfo para Inglaterra es querer el triunfo de la perfidia, el triunfo de la tiranía representada en esa nación que, engreída con los laureles de la victoria, oprimió al débil, tiranizaría al pequeño, se complacería en engrandecerse, aniquilando pueblos más dignos, y nos esclavizaría a nosotros, que, obligados por la fuerza, seríamos víctima de su despecho inhumano, sufriendo así bajo el yugo de la protervia más insaciable. Querer el triunfo para Francia es querer el triunfo de la corrupción más contagiosa, es desear el triunfo al centro y foco de toda maldad, a la madre de los abortos que más han abortado, a la protectora de todas las impiedades, al necenas de las liviandades más desastradas, al paladín de la lascivia. Querer el triunfo para Italia es querer el triunfo para la traición, deseárselo a la deslealtad, doblegable al menor reflejo de utilidad propia, aun con menoscabo de su honor, que en vano pretenderá cohesionar sus acciones: es quererle al deshonor. Querer el triunfo de los aliados por Rusia—que no merece la pena—, no deja de ser una recta intención del triunfo a los defensores de la maldad, acto que confirma la aversidad obstinada de la aliadofilia. Querer, por último, el triunfo de los aliados, es querer el triunfo del nalthusanismo, del feudalismo, de los egoísmos más execrables, de los corifeos de la impiedad, del vicio, de la alevosía.

Y como aliadofilia es querer el triunfo de todo eso, ya que eso y más representa la *ente*, y querer el triunfo de eso es, sin duda, humanofobia, ser aliadofilo es ser humanofobo; humanofobia es colocar en las atalayas de la grandeza los instintos de hiena y la ferocidad del tigre.

ROVERSON.

QUESTIÓN PALPITANTE

Con motivo de varios conflictos sociales que los obreros del campo han planteado en algunos pueblos de nuestra provincia, se manifiestan en la prensa alarmas y temores, a la vez que se proponen paliativos y remedios para conjurar los graves peligros que amenazan a nuestras poblaciones rurales si se agudiza el mal y cunden los ejemplos.

Triste y doloroso es, para los amantes del orden y de la paz social, ver encendida la guerra civil en los pueblos, y en lucha horrible los dos bandos que se colocan frente a frente, y justo, racional y cristiano es buscar solución a los conflictos, armonizando los intereses de los beligerantes; pero entendemos que es mejor prevenir los acontecimientos y evitar que surjan, que tratar de solucionarlos cuando ya las pasiones enconaron los ánimos, abriendo abismos profundísimos entre los unos y los otros.

No somos de los que opinan que la causa de estos trastornos y de estas enconadas luchas son las clases trabajadoras, mal avenidas a su triste condición; en nuestra provincia, al menos las gentes del campo, son sencillas, modestas y sobrias; ni los vicios, ni los despilfarros distraen sus mezquinos haberes; resignados con su suerte campean el temporal de la miseria que azota sus honrados hogares, sin pronunciar una queja y amoldándose a los escasos recursos con que han de hacer frente a las exigencias de la vida; penetrando en sus miserables viviendas se puede apreciar a simple vista sus oprimientes estrecheces y de lo que es capaz la dueña de la casa para impedir que la desnudez y el hambre sigan en flor

existencias inocentes nacidas de sus entrañas. No, no son ellos la causa de lo que ocurre; a otros habríamos de apuntársela.

En muchos de esos pueblos tienen, como remuneración a un penoso trabajo que dura de sol a sol, el exiguo salario de una miserable PESETA, con la cual han de dar solución a las necesidades de una familia, las más de las veces numerosa; peseta que se ve mermada cuando la obligada herramienta, el azadón, ha de repararse, casi diariamente, si ha de estar en condiciones de prestar servicio el día inmediato. Si el trabajo es, por ejemplo, de poda en las viñas, suele darse al obrero, que además del desgaste físico requiere inteligencia, la consabida PESETA por cada labor de CUATROCIENTAS CEPAS, ¡¡UN CÉNTIMO POR CADA CUATRO CEPAS!! Si examinamos el jornal de pastores y ganaderos y la alimentación que en muchos pueblos reciben....; pero mejor será dejarlo, por no recargar las tintas y evitar que nos motejen de socialistas y revolucionarios.

¿Tiene, pues, de particular que esos hombres se cansen y pidan, hasta de modo violento, lo que hace tiempo se debió concederles justa y espontáneamente? ¿Es que se puede vivir hoy con los mismos salarios y jornales de hace veinte, treinta y cincuenta años? Habrá seguramente quien diga que si triste es la condición del labriego, no es más halagüeña la del labrador o propietario, quien, además de las exigencias del fisco, ha de sufrir la acción del usurero, las contrariedades atmosféricas, las plagas del campo y todo aquello que cae sobre sus productos como si en ellos todo el mundo tuviera parte y derecho a llevarse lo que más le conviniera. También tiene razón quien tal dijera, si antes de decirlo no había pensado detenidamente en si los labradores y propietarios hicieran de su parte lo posible para conjurar esos males y procurar que la tierra diera de sí cuanto dar puede cuando sobre ella se apuran toda clase de medios y adelantos.

¿Y qué hacer en situaciones semejantes, cuando es difícil armonizar intereses encontrados? La asociación es el único remedio que puede poner fin a las miserias de unos y a las dificultades de otros; en ella se aunan fuerzas y se consigue lo que individualmente es casi imposible lograr; en ella se establecen corrientes que matan los odios y los gérmenes de esa clase de conflictos que, de extenderse por los campos, iniciarán la guerra más funesta y desastrosa de cuantas hayan podido presenciarse; la asociación católica agraria, que tantos beneficios ha causado a los habitantes de los campos en otras provincias de España, hoy prósperas, tranquilas, será la que en la nuestra solución y evite la tormenta que se viene condensando y de la que son ramalazos esos conflictos locales que surgen acá y allá.

Pero no es justo quien sobre el Clero carga las culpas de que la sindicación agraria no haya arraigado entre nosotros; nuestro Clero es hoy culto, celoso, abnegado, de espíritu moderno, dispuesto a trabajar en el campo, a donde le llaman su misión de apóstol y como mensajero de la paz, y por tanto, enamorado de los procedimientos sociales que tanto honor y gloria han dado al de otras diócesis, donde por él son hoy un hecho la prosperidad moral y material de sus pueblos y parroquias.

La culpa es de los rutinarios; de los que ven en la sindicación peligros ilusorios; de los que impiden los movimientos de nuestros Sacerdotes; de los que prefieren ver agonizar en la miseria a sus obreros y coger mezquinos productos de sus campos, a seguir nuevos derroteros en beneficio de todos; de los que se figuran que podrán mañana conjurar situaciones difíciles con solos los heredados prestigios de sus casas; de los que juzgan que no es tan perentorio el peligro y que no tienen los obreros razón en sus demandas; esos y no otros son los que ponen trabas a nuestros Curas, y, con sus locas presunciones, retardan una labor

que nuestro Clero está ganoso de emprender, bien seguro de prestar el mayor servicio que se puede hacer en los tiempos presentes, a unos pueblos que empiezan a perder la paz, precisamente porque hay quien cierra los ojos a la realidad y se aferra a vivir en el siglo XX como si estuviéramos estancados en épocas pasadas, que no han de volver porque así lo exige el desenvolvimiento humano.

ALMODÓVAR.

Mientras el Tajo murmura.....

A mi prima Teresa Neila, que tiene un alma grande y sensible.

¡Toledo! Ciudad imperial, reina mora que refleja la vetusta corona de tu frente en las aguas auríferas del Tajo. Cada piedra es un escudo, cada calle pendiente y retorcida una leyenda. Aun parece sonar el bélico estruendo de los soldados de Al-Mamun, que regresan victoriosos, en las puertas del Cambrón y de Bisagra.

Riela la luna bajo el puente de Alcántara, y allá arriba, en la torre del homenaje, parece que ondea ingravido el blanco albornoz del vigía del castillo de San Servando.

Aun creo oír la voz marrullera de algún viejo D. Lope en el mentidero de Zocodover, y se me parece Monipodio, ruñán y encanallecido, que adoba la mugrienta baraja para un juego ladrón, o alguno de aquellos capitanes burladores de doncellas, aventureros y fanfarrones, que dejaron un jirón de la raza por Flandes y Alemania, por Italia y América, y volvieron, cansados sus brazos de hierros, a cerrar sus fieros ojos aguileños en la paz de un Monasterio.....

Ciudad de misterio y de recuerdos, tienes el poder de tonificar el alma del viajero con la poesía de tus legendarias grandezas.

I.

Es una calle estrecha y resbaladiza. Casi se tocan los aleros de los tejados. Silba el aire en las enrocadas. A intervalos la ilumina una luna blanca y fría, que pronto desaparece oscurecida por las nubes que libran, impelidas por el huracán, una lucha de titanes en la atmósfera.

En medio de la calle hay un recodo profundo. Le forman la fachada de un Convento, severa y adusta como una fortaleza, y un palacio milenar, negro y austero, de borrosos escudos carcomidos por el polvo de los siglos. El palacio está deshabitado hace mucho tiempo. Cuentan los viejos no sé qué historia espeluznante ocurrida en él por los años remotos de no sé qué Rey visigodo. Y asegura la superstición que todos los sábados se reúnen allí las brujas que llegan al aquelarre, desde muy apartadas regiones, galopando sobre una escoba.

En el fondo del recodo hay una hornacina, adornada con chillonas pinturas rojas y azules, y en ella un Cristo, un Cristo apergaminado, enjuto y macilento, al que alumbra débilmente un moribundo farol, que se balancea pendiente de una cuerda como un ahorcado. Tosca es la vieja escultura; piadosamente la enmarañada cabellera de crines cubre la faz del Crucificado, y cuando el viento levanta la recia cortina, surge, no la cara angustiosa y resignada del Divino Mártir, sino otra airada y terrible que parece lanzar una maldición. Los brazos son excesivamente largos y las piernas demasiado zambas.....

Con todo, la imagen es objeto de singular devoción en el barrio, y cuentan que hizo no pocos milagros. Cuando pasan las viejas se empujan en la poyata y la besan los pies, las jóvenes se santiguan y se descubren los caballeros.

Sobre la hornacina y como a unos veinte pies del suelo hay una ventana del Convento defendida por un enrejado de fuertes barrotes retorcidos, labrados por algún artista toledano.

La calle es solitaria y triste. Por el día rara vez se turba su serenidad con pregones de heraldo y sonar de herraduras o de espuelas. Sólo algún dómone o licenciado o estudiantante pasan silenciosos arrimados a las fachadas, y luego desaparecen en un portal misterioso que huele a mancebía.

Cuando es la noche, queda toda ella obscura y medrosa, sólo hay un débil triunfo de luz en

la hornacina. Muy de tarde en tarde suenan voces de pendencia o gritos de algún desgraciado que cayó herido a la puerta del prostíbulo. Recógele la ronda, cuyas pisadas suenan graves en la oquedad de la calle y se escuchan las voces argentinas de las monjas que cantan Maitines.

D. Alvaro de Guzmán y Ansué ordenó al criado: «Que nadie me sorprenda hablando con D.^a Estrella».

—Por encima de mi espada vencida y de mi cuerpo muerto tendrían que saltar. Vaya vuesa merced confiado, respondió.

Y como sabía que era cierta tal fidelidad, se marchó tranquilo.

Llegó hasta el Cristo, se desembozó dejando libre su arrogante figura, y quitándose el chambergo como lo hiciera delante de la reina, hincó en tierra la rodilla y musitó una oración.

Luego tosió dos veces débilmente y desde la ventana le contestaron con igual contraseña.

—¿Quién va?—dijo fingiendo.

—Quien vos buscáis Capitán, habló desde arriba una voz dulcísima.

—¡D.^a Estrella!

—¡Alvaro!

—Luz de mis ojos, qué espantoso martirio; como en un potro me retuerzo y hago crujir mis huesos: jamás sufrí privaciones y amor se mostró siempre espléndido conmigo. Decidíos, Estrella, por el bien de los dos; decidíos.

—¡El Cristo! Alvaro, ¡el Cristo! Tenemos que saltar por Él y me parece que saltamos por la Ley de Dios.

—Vanas supersticiones.

—No Alvaro, tengo no sé qué siniestro presentimiento.

—Si tú quieres, yo quitaré el Cristo.

—No le toques por Dios.

—Por un solo beso de tu boca sería capaz de destruir Toledo, si no temiera perderte irremisiblemente. Decidíos, todo está preparado.... y mirad que no cuadra bien a nuestros apellidos ilustres que como foragidos busquemos las horas propicias de la noche para hablar de amor; que así más parecen conjuras nuestras pláticas.

—Nuestros apellidos, Alvaro. Nuestros apellidos nos separan eternamente.

—Con nuestro amor podemos borrar la ignominia que los hizo enemigos en tiempo de nuestros abuelos. Decidíos.....

—No, Alvaro, a ese Cristo pongo por testigo de mi amor infinito, que sería capaz de seguirs hasta el final del mundo si no fuera..... no, no debemos saltar por encima de Él. Por nuestra irreverencia nos maldeciría y pesaría el anatema sobre nuestros hijos.

—Entonces..... respetemos la voluntad de nuestro padre.

—Aguardad, Alvaro, aguardad todavía.

No puedo Señora..... Esta noche será acaso la última que me veáis, mañana salgo a buscar la piadosa lanza flamenca que transpase mi corazón desengañado.....

—No os vayáis: Iré....., pero..... mañana.

—¿Estáis decidida?

—Sí, que Dios tenga compasión de nosotros.

Y siguió la plática animada y dulce ahora como un madrigal, y nunca concluyera si del otro lado de la calle, rasgando el silencio religioso de la noche, no viniera un silbido agudo y prolongado con que avisaba el criado que la ronda iba a pasar.

—¿Mañana?—interrogó D. Alvaro embozándose.

—Mañana.

—¿A las doce?

—A las doce.

—¡Mía siempre Estrella!

—¡Siempre tuya Alvaro!

Y fué tanta la prisa que se dió en huir el enamorado galán, que apenas la doncella pudo enviarle, con sus manos alabastrinas de abadesa, un último saludo, y tan alto llevaba el ferreuzelo, que no vió cómo un hombre de extraña catadura se ocultaba en el quicio obscuro de una puerta.

II.

Estamos en la cámara de D. Rodrigo Vasco de Alvar; D. Rodrigo es padre de Estrella. Es una estancia grande, de alto techo y vistosos artesonados. Cubren las paredes ricos tapices que representan escenas cinegéticas y escenas de amor. En una mesa de retorcidas patas, que terminan en garra, hay un cofrecillo incrustado de oro, con Dios sabe qué misteriosos escondites propicios y discretos para amor prohibido y pomos envenenados. En el hogar chisporrotean

ANUNCIOS



EL PORVENIR SEMANARIO TRADICIONALISTA

(SE PUBLICA LOS JUEVES)

Es el periódico de mayor circulación de la provincia y el más económico: Año, 4 pesetas; trimestre, 1 peseta; mes, 0'40 pesetas.

Anuncios: Precios económicos. Por ajuste de trimestres se hará el 10 por 100 de rebaja, el 20 por semestres y el 35 por años —Pago adelantado.

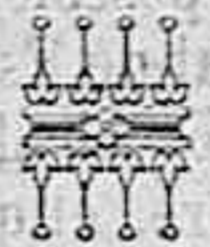
Puntos de venta: En Toledo, Puesto de periódicos de Ramón Garrido, Zocodover, 44.—En Madrid, Kiosko de *El Debate*, (frente a las Calatravas).

Número suelto, 10 céntimos.

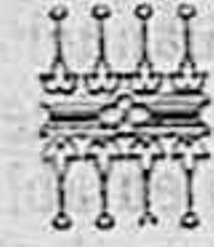


ACADEMIA POLITÉCNICA.—SAN PEDRO, 7.—TOLEDO

Correos, Telégrafos, Banco, Magisterio, Bachillerato, Correspondencia comercial, Contabilidad, Cálculos mercantiles, Mecanografía, Escuela Superior del Magisterio.



Francés — Inglés — Alemán
Enseñad idiomas a los hijos, es la mejor carrera que podéis darles.



Clases especiales de Preparación militar, Hacienda y Cuerpo de Contabilidad por individuos del Cuerpo.
INTERNOS, MEDIOPENSIONISTAS y EXTERNOS

No disponemos de Mesas de Billar en nuestra ACADEMIA, para no contribuir a la desmoralización de la Juventud.

¡Alerta! Todo el mundo ¡Alerta!

POLVO REGENERADOR (el primero en España) para hacer poner huevos a las aves: GALLINAS, PATOS, ANADES, ETC., ETC.



Patente de invención por 20 años

TRES MIL huevos al año con DIEZ gallinas!

Descubrimiento maravilloso, resultados sorprendentes. Ponen todos los días y en todas las estaciones del año, aun en lo crudo del invierno. Numerosos testimonios.—Gasto insignificante.

Dirigirse a su autor: DONATO ARAUJO
Droguería general: Estación, 11.

VITORIA

Pídase prospecto y se remitirá gratis.
Pedidos a D. MARIANO MIEDES, Cmc.º 31
TOLEDO

¿Le interesa a Ud. esto?

- ¿Saber la hora en que vive?
- ¿Ser puntual en sus citas?
- ¿No perder nunca el tren?
- ¿No dejar pasar la hora del Banco?

Reloj Cyrus. —¿Poseer un reloj exento en absoluto de complicaciones y defectos, sólido, moderno, elegante, de larga duración, de marcha cronométrica?

Con un Reloj Cyrus resuelve Ud. el problema.

Reloj Cyrus. La fábrica del CYRUS fué la primera que en Suiza construyó relojes de gran precisión por el procedimiento de la intercambiabilidad absoluta de todas sus piezas, correspondiendo a ella el honor de tan transcendental invento, que las demás fábricas imitaron después.

Venta exclusiva en Toledo
Reloj Cyrus. José Hurtado
Belén, 15

COLEGIO

DEL

SACRAMENTO

de 1.ª y 2.ª enseñanza

dirigido por el

Lic. D. Enrique Muncharaz.



Establecido en Torrijos (Toledo) P.ª de la Constitución, n.º 7.

Se admiten alumnos internos, mediopensionistas y externos.

Resultados sorprendentes en los exámenes de junio último.

Profesorado competentísimo.

Para más detalles pídase Reglamentos al Director D. ENRIQUE MUNCHARAZ

CASA DE VIAJEROS

de toda confianza, de nuestro correligionario SR. NIETO.—Trato esmeradísimo abundancia y economía.

ESPARTEROS, 8. 2.º, MADRID

NOTA.—No confundir esta casa con La Rioja na que ocupa los pisos primero y principal

SUCESORES

DE

A. JIMÉNEZ

BANQUEROS

Casa fundada en 1840.

SUCURSAL EN TOLEDO: NUEVA, 16, TELÉF. 41

Se hacen toda clase de operaciones de Banca y Caja de Ahorros.

HORAS DE CAJA: DE 9 A 2 Y DE 3 A 6

CERA-BELLIDO (Marca registrada).

Velas de aromática cera, de abejas, de aspecto y duración inimitable. Lo mejor que se fabrica. Ahorran dinero sin desdoro de las Rúbricas. erminan Anunciar cualidades mínimas o máximas, mechas de tal o de cual color; ceras de clase primera, segunda o tercera, cuando las abejas no determinan la del panal que elaboran, es nada más que ruido de palabras en pugna con los preceptos de la liturgia y de la economía. Lo que convence es el resultado tan distinto que se nota en la duración, comparando unas velas con otras.

Precio: Pesetas 2'13 libra, franca estación destino desde tres arrobas.

FRANCISCO BELLIDO RUBIO (Andalucía) Andújar.